

Magallanes, último escondite

Nos hemos quedado sorprendidos al saber que una ex alta autoridad castrense y docente universitario ha sido denunciado y sindicado como autor de uno de los más cruentos crímenes de la dictadura y que su acción fue avalada, justificada y olvidada, hasta que la conciencia del ser humano abrió las puertas de la ansiada justicia.

La lejanía de nuestra región pareciera ser el destino de aquellos que por problemas de disciplina debieran estar alejados del centro del país. Así es como hemos acogido, atendido, homenajeados, rendido pleitesías e introducidos socialmente a los círculos de poder a destacadas personas del ámbito civil, castrense o religioso que, habiendo desarrollado actos poco decorosos o abiertamente reprochables, no eran merecedores de tanta atención.

Punta Arenas nació a la vida como prisión, donde los primeros habitantes debieron de compartir con aquello que la sociedad centralista consideraba como parías, sean estos delincuentes o políticos caídos en desgracia. Algunos de los primeros inmigrantes, de seguro, venían escapando de alguna persecución. Todos llegaron y se establecieron, formando lazos, olvidando su pasado, más aún que en tierras lejanas sólo era necesario su presencia para construir un nuevo orden. Así se forman los pueblos.

No obstante lo anterior, no es posible olvidarse del asentamiento de Walter Rauff en Magallanes y su oscuro pasado en las filas de las SS hitlerianas. ¿Cuántos que lo conocieron, lo integraron a sus círculos, desentendiéndose de la sombra que se cernía sobre él? ¿Cuántos utilizaron sus conocimientos y técnicas para oprimir a los sometidos? Cual animal sediento, cebado por el olor de la carne, de la sangre y del terror, revivió sus épocas de gloria y fue amparado por una clase de personas que aún creen que quien piensa distinto debe ser eliminado.

Antes como ahora, aquellos que acogieron a estos delincuentes y que los integraron a sus círculos sociales, de manera hipócrita podrán palmotearles la espalda dándoles “su apoyo”, pero dudo mucho que quieran estrechar su mano, temiendo que la sangre inocente se impregne en las suyas.

Nuestra región no es paraíso para el olvido, menos para intentar esconderse por más lejos que la isla o una estancia estén. El frío con el que vivimos no nos permite la obnubilación que provoca el calor del centro, y mantenemos fresca la memoria y no nos olvidamos de los rostros y mucho menos de las historias escritas por quienes hacen o han hecho el mal. Aunque se les haya erigido monumentos, la memoria y la conciencia son más fuertes.